

## Extras 1

### **Cómo se escribió... Marcianos, melanesios, millonarios, mochileros y murcianos**

Nuestra actividad natural es la muerte y hemos venido de vacaciones al país de la vida.... Somos guiris en el país de la vida, somos unos domingueros.<sup>1</sup>

Considero que el hecho de que siempre haya algo detrás, algún trozo de vida que pasa tras lo que tú cuentas, es muy conveniente, porque en la vida también lo hay, cosas que no tienen nada que ver con tu historia, pero que están aconteciendo, y deben estar presentes.<sup>2</sup>

El libro que tienes en las manos, amada lectora, es un estudio *sui generis* sobre la economía del sector turístico escrito por un licenciado en ciencias políticas y sociología, doctorado con una tesis sobre historia social de la econometría financiera aplicada y que ejerce como profesor a distancia de métodos de investigación audiovisual en las ciencias sociales. La mirada antropológica al fenómeno de la riqueza y la pobreza de las naciones y sus criaturas es aquí en igual medida libresca, cinematográfica y vivencial. La intención, metafísica; en el sentido de que, a pesar de la profusión de adjetivos, nombres propios y cifras numéricas, intenta uno llevar el razonamiento verbal que trae implícito todo descubrimiento científico hasta el extremo, hasta el límite. A esto, en filosofía, se le llama *crítica*, que nada tiene que ver con la denuncia pública –mercadería legítima en manos de periodistas– ni con el diseño de técnicas administrativas para la producción eficiente de masas sociales en el que trafican tantos profesores universitarios, estimados colegas.

No. Lo que se intenta aquí es viajar desde casa hasta los confines del cosmos, dominios del motor inmóvil aristotélico, para tocar con la punta de la toalla la corona de veinte mil cojinetes que hacen girar a lo que gira. Por pura curiosidad. Pero no para producir meros conjuntos de curiosidades –que, según la convención académica al uso, deberían adoptar la forma de álbumes de cromos bibliográficos intercambiables que negociar en tristes mercadillos provinciales o internacionales con otros coleccionistas de fichas y referencias–, sino eso a lo que se le llamaba hasta hace poco *ciencia*.

La inquietud intelectual que me ha llevado a escribir tan extraño libro surgió de una situación existencial por demás ordinaria, pero que viví con enormes dosis de desesperación: un verano sin vacaciones, el primer verano sin vacaciones en muchos años. La ‘culpa’ la tuvo la compra de La Casa –a quién se le ocurre– y su impenable obra de reforma (sin comentarios). Dos terribles esfuerzos económicos y psicológicos que nos dejaron, a la que entonces era mi mujer a mí, abandonados en pleno corazón de Madrid en mitad de agosto del año 2005, buscando un contratista que se hiciera cargo de la reforma, con todos los almacenes de materiales de construcción cerrados por vacaciones y los amigos yéndose al Caribe, a Vietnam, a Ibiza, al pueblo. El bajón depresivo de encontrarse aislado, fastidiado, espolicado –dícese del jugador de canicas que ha sido separado de su pertenencias por sus competidores–, amargado y sin vacaciones –¡con lo que tú has sido, chaval!– resultó ser una bendición fabulosa para el recuerdo descubridor de mundos.

... patatas fritas y globos de colores en el As de Oros de Gandía ... pies aguijonados de petróleo en la playa de Pontedeume ... la niebla se posa sobre el camping de Somiedo ... en la iglesia ocupada de Brixton, humo, sudor y *jungle music* ... una noche estrellada junto al río Bonito, en Villa La Angostura ... otro parlamentario defenestrado del Partí Quebecoise se emborracha con su cuñada en el Coco’s bar de Val David ... entramos en éxtasis por la puerta de la fortaleza de Dalt Vila ... ceremonia de muerte y resurrección en la catedral de San Esteban, sede episcopal que fuera del Imperio austro-húngaro ... bajo la *spiaga lunga*, en la isla del volcán estreñado, una antigua ciudad sumergida ...

Largo tiempo después de haberlas leído y marcado a boli negro por primera vez, redescubrí, al azar de ciertos acontecimientos extraños que se cuentan al final de este libro, las cuatro páginas olvidadas en las que el autor de un divertido ensayo sociológico sobre la nueva clase social que alcanzó la hegemonía en los EE.UU. en la década de 1990, los burgueses bohemios o ‘Bobos’, se dedicaba a diseccionar, con toda la maliciosa agudeza autohiriente de la que es capaz un judío neoyorquino, la “envidia vacacional post turística”, variedad autóctona de tontería terrible que surge espontáneamente de la conversación amena entre alternativos venidos a más, normalmente universitarios pijo-revolucionarios devenidos especialistas en reformas de inmuebles y planes de estudio. «Existe cierto número de viajeros sofisticados que lucen

sus vacaciones como medallas. El mayor placer de su vida consiste en soltar comentarios desagradables para hacerte saber que cualquier lugar al que estás a punto de viajar, él ya lo visitó cuando aún merecía la pena. [...] La única forma de apuntarse tantos es buscar los lugares más remotos y cultivar placeres por encima de la media. Por tanto los Bobos hacen esfuerzos sobrehumanos para distinguirse de los turistas pasivos y holgazanes que entran y salen de los autocares turísticos para ver a toda prisa los monumentos de toda la vida. Puesto que los turistas llevan cámara fotográfica, a los Bobos les da vergüenza llevarla. Puesto que los turistas se sientan en las plazas más famosas, los viajeros Bobos pasan enormes cantidades de tiempo en placitas desconocidas contemplando pasatiempos no turísticos, por lo general a un puñado de ancianos jugando a la petanca.»<sup>3</sup> Leídas mucho antes de haber asentido a los sarcasmos post sociológicos de Monsieur Houellebecq contra la beatería sádica y pijotera de las guías Trotamundos, estas breves observaciones habían estado, así me parece ahora, trabajando silenciosamente en la recámara oscura de mi alma en obras. En estas páginas ha encontrado aquel trabajo oculto la salida a un mundo. Por eso vuelven ahora, graciosamente, a empezar lo que se acaba.

¿Cuándo fue la primera vez que «salimos de vacaciones» y *nos alegramos de hacerlo*? ¿Qué hacía la gente antes, cuando nadie *se iba* de vacaciones viajeras y nadie se quejaba de no poder hacerlo? ¿Cómo es que ahora todo el mundo viaja tanto y quedarse sin vacaciones equivale a ser poco menos que un apestado y, peor aún, un envidioso en potencia que es siempre envidioso en acto<sup>4</sup>? ¿Qué ha pasado aquí? Jodido y relegado, abrasado de calor y rodeado de turistas en el barrio madrileño de Lavapiés, a uno le da por pensar sobre el *ser-cómo* de las vacaciones, que es el *qué* del turismo, el arquetipo del viaje, del *trip* que decían los contraculturales. Inaudita extrañeza hispanista, la confusión galáctica del hijo consentido, niño mimado del país pobre y risueño que ahora es tan rico como arisco, una y otra vez interrogado en su ser más íntimo por la conversación superficial de los taxistas que hacen la ruta de los hoteles. El que me llevaba todos los días de Santa Cruz de la Palma al parador de turismo me dijo, sin darle ninguna importancia para bien o para mal, como la cosa más normal del mundo, que él nunca había salido de su isla. Ni siquiera conocía Tenerife. El negrito de Saint Kitts and Nevis que me llevó al aeropuerto de Nueva York no había vuelto a ver la islita del Caribe en la que nació, pero parecía puestísimo en historia mundial contemporánea y actualidad política. Cuando le dije que era español me soltó: «I saw Huan Ka-los on tv

the other day; he was crying with his daughter.» «Which Huan Ka-los?», pregunto. «Your king, man!» Debió haber sido en el entierro de Erika Ortiz Rocasolano, la hermana pequeña de la princesa Letizia, suicidada en Valdebernardo. (Diez años atrás, a cuenta de una tertulia en un piso de protección oficial donde tres amigos nos dedicábamos a desbarrar contra los desmanes administrativos cometidos en nombre de la libertad filosófica, había conocido por primera vez algo de ese extrarradio del suroeste de Madrid desde donde ahora escribo. Entonces apenas vivían allí cuatro gatos y prácticamente no habían comercios. Y los pasillos interminables del gran edificio de oficinas reciclado en bloque de viviendas no habían comenzado a poblarse de sombras ominosas). Aquel tipo imaginaba mi país como un lugar de leyenda, una tierra mágica que tal vez nunca llegaría a conocer. Tampoco el indio Benildo, de nombre artístico Benildo José, el taxista que me pastoreaba por el barrio de Morumbí, en Sao Paulo, había ido nunca más allá de las fronteras de la ciudad. Pero me prometió que si le mandaba la letra de una canción él le pondría la música que enamora a las mujeres.

Al pueblerino perdido en el vientre agostado de la bestia metropolitana le fue creciendo en el ordenata, casi sin querer, un largo escrito de tono marcadamente milenarista. Criatura de suyo jovial, al paletillo no le quedó entonces más remedio que equilibrar la balanza poniéndose más y más espléndido (y cachondo) a medida que el nietzscheano espíritu de la pesantez se iba enseñoreando de él. Sí, amiguitos, una vez más el cuento del combate arquetípico de Júpiter contra Saturno, nuevo asalto esta noche a las doce, en la mismísima boca de riego del ruedo ibérico, a la vera de la sinagoga que fue, la más castiza de todas. Sospechoso de apocalíptico findemundista como me veo a mí mismo en estas páginas, sólo se me ocurre ahora esta defensa: imaginen ustedes la putada de comprarse un piso en la histórica judería de la capital africana del catolicismo romano, Mandril, en el cénit mismo de la penúltima burbuja inmobiliaria y encima, arruinaditos perdidos, meterse en reformas en pleno mes de agosto. Llamas a todos los teléfonos que te dan los amigos, pero las cuadrillas de albañiles están pilladas desde hace casi un año. Buscas almacenes de construcción en barrios próximos y lejanos, pero en todas partes encuentras el cartel de «Cerrado por vacaciones durante todo el mes». Tus amigos y tu familia se han ido a la playa. Repito: todos están de vacaciones, bañándose al sol alicantino, en Denia, en Torrevieja, en Benidorm. Todos menos tú, pringao. Defiéndete y escribe, que para eso has vuelto a descubrir el viejo Mediterráneo, ese lugar mítico donde menos es más.

\* \* \*

Siendo el apabullar del concepto un arte poco menos que indecente o, peor, estrictamente suicida bajo esta solanera que dobla, quedaba naturalmente fuera de mi jurisdicción el parir una de esas alemanadas *europedas* (o pseudoalemanadas parisinas) en forma de ladrillazo atmosférico (esto es, poéticamente bien uniformado), sobre, pongamos, el esquema de administración y gestión mejorada del gran zoológico ciudadano que nos proporciona una relectura del misticismo neo ganadero de Heidegger en clave de filosofía política programática –brillante intuición del cerebro caníbal en la era de la tecno-gastronomía de fusión, sí señor–, o la genealogía eidética de la “primacía del exterior” –condición topológica harto sugerente, claro que sí– como verdad ontológica de la globalización capitalista.<sup>5</sup> Particularmente más atractiva y útil a mis propósitos, de la alquimia darwinista, mágica transformación del instinto predador en inocencia naturalista, he tenido asimismo que distanciarme en esta ocasión –bien que por motivos ajenos a mi voluntad: radiante de felicidad, vuelto a enamorar tras larga lesión, creo que fui a escoger el momento menos adecuado para darme a la lectura, inexcusable, de una de las versiones mejor acabadas de la gélida variedad anglicana de *filosofía mundi*, pieza mayor de la sabiduría contemporánea–.<sup>6</sup> Sobre este mismo particular pienso, además, que a la ficha política de la indestructibilidad animal que atiende por ‘Gaia’ le falta todavía un hervor fisiológico (geométrico).<sup>7</sup> Y, en cualquier caso, no veo por qué, para partirle la suya, esto es, su ánima animal, a la espada del enjambre –por otro su nombre místico, Spermata– el cuerpo cósmico del amor<sup>8</sup> deba tener la piel tan áspera, ni la lengua tan sucia, ni el coño tan purulento como, en momentos muy puntuales, se ven obligados a creer los preciosos tataranietos *treekies* de Don Thomas ‘La Sombra’ Malthus.

En fin, aunque como lectura me resulte también seductora y valiosa, tampoco me sale bien a mí lo de describir y prescribir sobre esa enfermedad mortal llamada España, que es el género ensayístico fetén de siempre para quienes mejor escriben y, por lo tanto, quienes piensan con mayor profundidad –desde Quevedo a Unamuno, Ortega y Ridruejo– en la panhispánica lengua.<sup>9</sup> Y si bien no puedo por más que suscribir la elegante resolución vacua que a tan vacua y poco elegante cuestión propusiera D. Luis

García Berlanga al inicio de su filme *París Tombuctú* –poniéndola en boca del rey Juan Carlos I, quien a su vez se apoya en Felipe II para sostener, con grave circunspección, que «España es todo aquello que pueda contribuir a fastidiar a los extranjeros»–, mi problema aquí (en España, vamos) es que, por lo que sea, nunca se me ocurren cosas interesantes que decir sobre los trozos importantes de la vida, pongamos, la crianza de los hijos o el ejercicio profesional de la función pública: ¡si ya está todo dicho!, hacemos lo que podemos. Sé, además, que cuando el maestro decide dirigirse por escrito a los lacayos del emperador y aún al príncipe mismo en vez de al vulgo irreductible, ocurre siempre, irremediabilmente, que el tono sombrío consustancial a la lucidez auténtica degenera fácilmente, víctima de lecturas rápidas e interpretaciones elegantes, en una ristra de melonadas más o menos molonas. (Pero pudiera ser también que la empresa intelectual, tan cívica, de proponer soluciones mejores a problemas apremiantes la tenga yo singular y traumáticamente asociada con la faena, tan tensa, del examen escolar; no sé). En cambio, el orden sobrenatural de lo ordinario, matemática inconcebible, me vuela la cabeza: ¿cómo es que no ha sido posible hasta ahora discriminar entre error genético, accidente industrial y catástrofe militar en el espacio estadístico de una simple ensalada de lechuga, aceite y tomate?<sup>10</sup>, ¿es la casa de pega del programa de televisión *Gran Hermano* escalarmente coherente con la del pueblo de pega de la película *¡Bienvenido Mister Marshall!*?, ¿cómo combina efectivamente capacidades físicas con habilidades literarias la profesión de árbitro de fútbol?<sup>11</sup>, ¿cómo es una llamada telefónica “a punto de acabar”?<sup>12</sup>... Cachos de realidad sobre los que todo está aún por decir, objetos de estudio que a nadie interesan sino al intelecto libre: los secretos de la ciencia como bestias portentosas camufladas entre el follaje invisible de la vulgaridad cotidiana, evidentemente obvia.

Vamos que lo mío, lo que me va, lo que se me da, lo que me ha sido dado, lo que puedo seguir dando, es más bien, me temo, esta otra especie vernácula, la del carterismo mental perpetrado a base de medias verónicas y sonrisa penúltima. La mística parda. Como si el cervantino dibujante de tebeos, escaso de tintas de colores, tuviera que decirlo todo con ‘bocadillos’.<sup>13</sup> Como si imposible goleador *espanyolista*<sup>14</sup>, destrozada su rodilla en juveniles, se reencontrara con su destino entre novelistas de la rama de Formación Profesional (vulgo, etnógrafos). Como si el más jovial, enfermizo, melancólico y patético espectador del teatro audiovisual de la cotidianidad

norteamericana, pequeño gran campeón de las hermosas derrotas de cada día conocido alternativamente como “la daga”, “el Simmel norteamericano”, “el Kafka de nuestro tiempo” o “el Woody Allen de la sociología”<sup>15</sup>– se hubiera visto obligado a participar en el ensayo del estreno de esta divina tragedia de Arniches en la que habitamos, *La burla eterna*. Sí, eso: como Ricardo Solfa en el *Madrid* de Martín Patino.

Por el hueco que abrió Velázquez en la cámara oscura, el toro de la tierra se ha escapado del Alcázar de lo Real Madrid y corriendo a todo correr en dirección sur ha llegado de vuelta a la antigua capital gótica del Imperio Austro-español, la ciudad triculta. Encaramado en su torre de vigía del alcázar místico de Borges, el ángel que anunció a Colón, travestido de chulo de toriles, ha dado ya la voz de alarma con su clarín de oro y fuego: ¡Buscad a ese toro, niñas! ¡Atrapadlo! ¡Devolvedlo al ruedo y que torée! *No habrá nunca una puerta*.

\* \* \*

Al otro lado del tiempo, durante las vacaciones de Navidad, varado otra vez por tiempo indefinido entre las brumas del mar y las rocas de la costa nuestro barco de vigas carcomidas, y pagando ahora doblemente por la habitación –alquiler mensual más cuota hipotecaria– buscaba una lectura entretenida que me sacase del marasmo de las obras ruinosas y rompiese con el mal rollo de los sablazos continuos del contratista. Vagando por las librerías de Madrid encontré un libro del profesor estadounidense Richard Feynman, Premio Nobel de Física en 1968, con el que, recordé, solía divertirse un antiguo compañero de piso, químico industrial de profesión. En las páginas finales del libro se reproducía una conferencia pronunciada por Feynman en el acto de apertura del curso de 1976 en el Instituto Tecnológico de California. La conferencia se titulaba «Adorar los aviones». En aquella conferencia, Feynman exponía hartamente ingeniosamente su concepción personal de la libertad científica, apoyándose para ello en una metáfora poderosa, prestada de la antropología de la religión. El famoso físico neoyorquino del Caltech acuñaba un palabro afortunado –*cargociencia* (*cargoscience*)– para el que utilizó como prefijo una expresión tomada del inglés criollo de las islas de los Mares del Sur: *cargo* (léase *kago*), el cargamento fantasma que hace las delicias del analista económico de lo sagrado, sus estudiantes universitarios y, por supuesto, de los mismos indiecitos melanesios que levantan altares de bambú a los aviones y barcos de carga.<sup>16</sup>

En febrero, armado con *Road belong cargo*, el clásico del profesor australiano Peter Lawrence sobre los cultos cargo en Nueva Guinea y la fabulosa tragicomedia del gran superhéroe canaco, Yali de Madang, me fui una semana a visitar a la niña bonita, becaria favorita del Instituto Internacional de Sociología Jurídica de Oñate, en Guipúzcoa. Aparte de leer y de pasear muy despacito bajo la lluvia camino de los caseríos de Murguialday, no tenía mucho más que hacer durante esos días, inexplicablemente tristes. Observar tal vez, con vago afán entomológico y lupa de bajo aumento, el comportamiento de algunos particularmente indígenas –yanquis– de la tribu nómada de los estudiantes internacionales de ciencias sociales. *Egun da Santimamiña / benetan egun samina / goiko zeruak / gorde dezala / luzaro nere arima*, cantaba Laboa en el mp3.<sup>17</sup> Recuerdo haber recibido un correo electrónico de Iñaki Martínez de Albéniz donde decía que disfrutaba imaginándome por los lugares de su infancia. Y fue allí y entonces, una media tarde de tximiri bajo la techumbre de la ermita peregrina de Lope de Aguirre, que comencé a tomar notas en serio para un posible libro que desarrollase, en algún sentido aún inespecífico, la genial intuición de los adoradores de los aviones: *la economía es la religión de la carga*.

De vuelta en Madrid, no se ni cómo ni por qué, comencé a trotar de librería en librería comprando tomos de historia y economía del turismo. De un libro de Fraga Iribarne –su cuaderno de apuntes de la época ministerial de información y turismo– que tomé prestado de la biblioteca de mi universidad, obtuve la sugerencia de leer la novela de James Michener, *Hijos de Torremolinos*, sobre los primeros viajeros mochileros planetarios de los años 1960. Localicé el título a través de una tienda virtual de libros de segunda mano y me fui a encargarlo directamente al establecimiento que lo tenía físicamente en sus almacenes, El Galeón, un librero de viejo de la calle Sagasta, muy cerca de la glorieta de Bilbao.

Cuando le dije al señor que atendía –¿se llamaría Práxedes Mateo?– si tenía el título de Michener en el almacén, me dijo que sí, que me pasara la semana siguiente y, excelente comercial, añadió de seguida «¿Quiere usted también el de Ángel Palomino?» Rápidamente, sin pensar, se ataron en mi cabeza unos cuantos cabos sueltos pretéritos y no tan pretéritos: la introducción al libro del economista-geógrafo Francisco Jurdao Arrones, *Los mitos del turismo*, en la que se mencionaba, en nota al pie, cierto ensayo



publicado en los 70, *El milagro turístico español*, de cuyo autor se decía que había sido director de hotel; me sonaba también el nombre vagamente de una novela que tenía mi padre en la estantería del salón de casa. Durante unos años, mi madre le regalaba siempre, para su cumpleaños y luego para Reyes, el ganador del Premio Planeta de novela y también, a veces, la obra finalista. Una vez le compró la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún, Premio Planeta en 1979, acompañada del finalista, *Divorcio para una virgen rota*, del tal Palomino que, según pensaba entonces, debía ser el libro malo que inevitablemente acompañaba al bueno, al ganador, en este caso el señor Semprún Maura, aristócrata aviador devenido protomártir comunista y luego escritor malísimo de éxito y ministro del felipismo intelectual y divino de la muerte. El otro señor, el finalista, estaba juvenilmente indexado en mi cabeza como una especie de Vizcaíno Casas de serie B, el típico falangista –¡puajj qué asco!– que publicaba arengas en *El Alcázar* contra la traición juancarlista y el escandaloso espectáculo de la democracia occidental. Y noveluchas para fachas. Estrellita que fuera de la celulosa franquista que, como el resto de jefazos y compinches, implotó súbitamente en octubre de 1975 por muchas y buenas razones. (Más allá del convencional retrato costumbrista de la vida burguesa en el Madrid de los primeros años de la transición post-franquista que aparentaba, aquella fabulosa novela, *Divorcio para una virgen rota*, era en realidad un óleo abstracto de nuestra humanidad tragicómica tal como quedó durante breve tiempo congelada-constelada en una esquina que hay entre Orense y Capitán Haya, confluencia de la calle Francisco Gervás con el 41 de Capitán Haya, donde el Ministerio de Industria da la espalda a los Juzgados de Familia mientras juega a las miradas de lobo con la Organización Mundial del Turismo.)

Pero la curiosidad mato a este gato como nunca antes y dije que sí, que también lo quería.

Quien haya pasado aunque sólo sea una vez por delante de aquel establecimiento aberrantemente anodino que había al principio de Sagasta –ayer mismo aún seguía allí– no podrá olvidar la visión, alucinantemente irreal, de una especie de túnel excavado en el corazón de una enorme montaña de libros. Al fondo, fondo, fondo de la estrecha galería, entrevisto bajo el cierre metálico a medio echar, se ve al minero de segunda mano con las gafas en erección inclinado sobre su ordeñador personal, y uno tiene la impresión, tan dolorosa como evidente a los ojos, de que de un momento a otro alguna

de las columnas de volúmenes en códice que lo rodean por doquier, y que se curvan amenazantes entre el piso y el techo del local, acabará por ceder. La montaña de papel se tragará a Práxedes Mateo y, al día siguiente, habrán puesto en el escaparate otra foto del osito verde, rey de los pichiwillis de CajaMandril, el puto mamón.

Afortunadamente, en el interim entre mi primera y segunda visitas, la fatal catástrofe papirofágica no alcanzó a ocurrir (de milagro), y el regalo que el librero-minero de segunda mano puso quince días después en las mías inocentes –por siete euritos de ná– tampoco era el ligero ensayito que yo había supuesto. Era una novela de apariencia más bien sólida. Se titulaba *Torremolinos Gran Hotel*. Bueno, el caso es que primero hube de pasar por la tortura de las más de mil páginas del tochazo pulitzer de Michener, un folletón que estaba bastante bien en realidad. Pero una vez que el santo cuáquero de los Mares del Sur hubo finiquitado a sus *drifters*, fui y abrí el libro del señor ése de Toledo que ahora mismo me está mirando con esa pinta de rodaballo con gafas desde la foto de contraportada... Y me explóto entre los ojos.

\* \* \*

Para quien se crió universitariamente a la vera del sombrío idioma ‘sociolelo’ del triste y dolorido camorrista *San Burdié*, pobrecito, el descubrimiento de las novelas de Ángel Palomino ha sido una especie de renacimiento solar. Y es que, en el exagerado pundonor de aquel enorme sociólogo francés, Pierre Bourdieu (Dènguin, 1930 - París, 2002), algún colega suyo creyó ver el vivo retrato del más honorable propagador del deshonor, Don Juan, arquetipo del delincuente amoroso en quien el desatamiento del deseo develador conduce, trágicamente, de la denuncia ajena a la alienación de sí.<sup>18</sup> De tan científica como se quería, la presunta ciencia social bourdieusista dejaba un regusto doblemente lúgubre, nihilista y depresivo, tanto en sus enseñanzas como en su estilo: *todo es igual, nada vale nada*. Añadido a la multiplicación defensiva de los métodos de control lógico y empírico (es decir, de control industrial) de la calidad conceptual y la fiabilidad estadística de sus afirmaciones<sup>19</sup> que hubo de sufrir un natural ya de suyo arisco y aún, como en los viejos bearneses, orgulloso de serlo, en lucha contra la soledad nubosa de los muchos años de internado escolar<sup>20</sup>, así como al trágico avatar biográfico de una temprana inmersión en el “corazón de las tinieblas” como soldado de

recluta del ejército francés durante la Guerra de Argelia<sup>21</sup>, otro vector mayor del progresivo atenazamiento de la imaginación, la reflexión, la escritura y el carácter del último gran sociólogo francés fue, a mi entender, la fijación, desde principios de la década de 1970, de cierta fraseología ritual, tan distintiva como imitable, que con el tiempo pasó a conformar el núcleo duro de su naciente jerga sectaria. ‘Estrategias’, ‘apuestas’, ‘jugadas’, expresiones analíticas apropiadas de la microeconomía de la época, cuya corriente central, con base permanente en la universidad americana, había empezado recién a abrazar los modelos de la teoría matemática de los juegos de Morgenstern y von Neumann.<sup>22</sup> El juego *ritual*, figura retórica con la que Goffman quiso convencer, fue en manos de Bourdieu un proyecto fallido de arma para vencer.

(Como muy bien ha observado uno de los epígonos científicos más conspicuamente ‘serios’ y (mortalmente) rigurosos de la microsociología goffmaniana en el marco de una minuciosa revisión crítica de su obra que tiene la rara virtud de ser al mismo tiempo agudísima y mendaz, como una caricatura clavada y sin embargo desprovista de gracia, Goffman usaba la expresión ‘trabajo ritual’ (*ritual work*) para denotar el residuo irreductible del (análisis del) proceso metabólico de la estructura-maquinaria secuencial de la interacción social.<sup>23</sup> La actividad expresiva, creativa –al fin y al cabo lo que llamamos ‘estilo’ es un compendio de gestos involuntarios<sup>24</sup>–, es así el lugar propio y a la vez el reducto último del individuo. Para un *esprit de corps* tan predeciblemente travieso –en el último año de su vida, cuando ya sabía que sufría un proceso de cáncer terminal, Goffman se presentó y ganó la elección a presidente de la Asociación Americana de Sociología– nuestra manía de ponerles caras familiares a las nubes de paso, que en eso consiste la famosa ‘ritualización de la conducta’ –o, para el caso, componer melodías, encontrar palabras o derribar muros de píxel<sup>25</sup>–, funcionaba como santuario sagrado donde el yo, delatándose sin querer a sus compañeros de escena o a su público potencial, se esconde y pone a salvo de todas las antropologías empíricas y sociologías científicas que le prohíben con sus duros datos audiovisuales... para caer en las garras de filosofías del sujeto, psicologías profundas, misticismos religiosos, simbolismos poéticos, brebajes y cantos chamánicos y todas las demás gaitas que le persiguen y acechan desde la noche de los tiempos.)

No ha sido, por tanto, la abierta operación de transfugismo por la que he abandonando la academia sociológica para pasarme al liceo codornicesco, un cambio menor. Como si un formalista profesor de álgebra económica *à la* Debreu –o, para el caso, un fonólogo estructuralista *à la* Jakobson o un gramático generativista *à la* Chomski– educado y creyente fiel en los axiomas irreductibles del equilibrio general de precios, valores, significantes y significados, se hubiera topado un día, por casualidad, con alguno de los monstruos mitológicos de la razón –una cualquiera, por ejemplo, de las fabulosas aberraciones geométrico-estadísticas (como la curva de rentas de Pareto, la ley de productividad científica de Lotka o la distribución de frecuencias de palabras de Zipf) hoy provisionalmente refugiadas bajo la alegre bandera *fractal*, auténtico disparate digital en colorines que tal vez sea el último estandarte de la ciencia especulativa<sup>26</sup>– y en vez de salir despavorido se hubiera parado a tomarse una copa con *Ello*. Como a la jubileta noruega, hecha polvo de frío y oscuridad, a la que, en el sorteo de lotería que organizan los servicios sociales municipales de Bergen, le toca una estancia de tres meses con todos los gastos pagados en un sanatorio de Alfàs del Pi, Alicante<sup>27</sup>, las novelas del tío Palote me hicieron acordar, ¡qué alegría, ya casi me había olvidado!, de cuando leía, siendo un chaval, los cuentos de *Don Camilo y Pepone* de Giovanni Guareschi («Hay que ver este Guareschi, me dicen los editores, cuanto más viejo más inconsistente. Pero yo siempre he sido inconsistente.») Sostiene Palomino –esto era lo que casi había olvidado– que la diversión no es lo contrario de la seriedad, sino que es lo contrario del aburrimiento. La seriedad es algo mucho más serio que la circunspección y la pena. Será por eso que *En los Mares del Sur* de Stevenson es el estudio antropológico más serio de cuantos se han escrito sobre las islas del Pacífico: porque es el más hermoso.<sup>28</sup>

\* \* \*

En el panorama actual de la narrativa española nada recuerda tanto a los universos *sui generis* de cotidianidad paravacacional creados por Palomino –principalmente en obras tardías como *Adiós a los vaqueros* (1983) y, sobre todo, *¡Quiero un hijo de Julio!* (1987), o su postrer colaboración con el psicoide de Arturo Robsy (*Lío en KÍO*, 1993)– como *El misteri de l'amor* (2008), prometedora *opera prima* novelesca del filósofo y músico mallorquín Joan Miquel Oliver. Como sabe ya el lector, Oliver es también autor

del inspirador ensayito *Taxi* (2004), colección pionera de textos de *antropohistoria del turismo galáctico / antropohistoria galáctica del turismo*, la mismísima rama troncal de la teología del desarrollo económico cuyo dominio real tratamos de dilucidar en este volumen que ahora concluye. Pero no contento con escribir un porrón de canciones perfectas –alguna incluso milagrosa–, un ensayo visionario y una novela delirante, Joanmi, mago que hace (des)aparecer lo extremadamente difícil como algo muy fácil, ha dado también en parir la octava maravilla de la historia libresca: el *making off* de una obra musical de larga duración, *Bombón Mallorquín* (Blau, 2009), su segundo disco en solitario. ¿Que como sería un libro que fuera el *making off* de un disco? Muy sencillo, sigue esta receta. Coge un cuaderno de muelles de esos con hojas cuadriculadas y líneas de márgen vertical trazadas en azul grueso, la libreta de mano donde guardas las notas intempestivas, los apuntes y borradores, copias a limpio, paridas... manuscritos monstruosos a boli de cuatro colores y lápiz llenos de tachones, acotaciones al margen, dibujitos y esquemitas de ideas poéticas, melódicas, rítmicas y de diseño de producción para las canciones de tu nuevo disco. Punto. Con un escáner, toma fotografías digitales de la libretilla página por página. Punto. Añade luego, con letras de imprenta, una pizca de comentario explicativo al pie de cada escaneado. Punto. Y al resultado final le adjuntas (¡muy importante!) una transcripción informática lo más fiel posible del contenido literariamente más potable de cada página. Incluso, si quieres darte un lujo que yo no pude darme, puedes agasajar a tus comensales con una transcripción enriquecida del texto autógrafo que incluya también los fragmentos escritos sobre papel pentagramado y el resto de apuntes en notación musical caligráfica, tan absolutamente fundamentales en un caso como éste. Para lo cual puedes ayudarte de alguno de esos módulos de símbolos especiales que traen los procesador de texto avanzados. Punto. Lo encuadernas todo otra vez y ya está. Listo para servirse en los estantes de las librerías o por correo postal.<sup>29</sup>

Houellebecq y Palomino (*i Heidegger, clar*) pintaban la mona sobre la mesa del bareto concesionario de la fakul de filosofía de la UIB y ahoran *volan la bola* y la cometa. Estaciones espaciales y zoos. Sabor de verano en la terminal más allá del infinito. Luego, enriquecido a base de sobredosis de café expresso y polvetes de peli porno en betamax, el artista se sosiega un rato *vora la mar*. Mientras escucha sus propias canciones y las de Kiko Veneno en el emepetrés, se tira sin querer el gin tonic de beefeter medio lleno sobre el teclado del ordenata portátil. Le asalta entonces una

ocurrencia: ¿cómo sería un libro que fuera el *making off* de un disco? Delirio metafísico, variedad onírico-cabalística, sobre lo casual y lo ordinario. *Éo o-é-o O-éo o-é / He je je jeeh / Y vamos caminando / Y ella camina, yo camino...* El mundo es tan azarosamente lógico que acojona, ¿que no?

De modo que fue así, con la lectura de *Torremolinos Gran Hotel*, como comenzó a tomar realmente cuerpo la idea de escribir un ensayo vinculando, a través de la figura del turista, la historia económica de la España contemporánea con la antropología religiosa de los cultos cargo.<sup>30</sup> Luego, a medida que fui devorando, de librería de viejo en librería de viejo (¡esa Librería Anticuaria Raimundo de la Plaza de San Francisco de Cádiz!), el resto de la obra literaria, extensa y sorprendente, del genial Palomino, tres veces sabio (con la pinta de gafe que tiene en las fotos, ¡qué tío!), me fui convenciendo también del avance en mi interior de cierto extraño síndrome de la *libido scienti* que durante unos años no había pasado de ser sino una especie de chiste malo de mi deseo investigador. Me iba progresivamente convirtiendo en un espécimen académico casi utópico de tan (absurdamente) rumboso: un hispanista anglo-americano natural de la sierra de Madrid (que es un poco como nacer torero en Helsinki: francamente una putada).<sup>31</sup> Alguien para quien, pongamos por caso, las canciones de la tuna estaban dejando de ser el colmo del coñazo cutre y la caspa rancia para empezar a ser el cúlmen de lo sistemáticamente interesante. Quien dice tuna dice paella, mazapán o turrón. El gordo de la lotería y su ancestro, la liturgia pagana y propiciatoria de las doce uvas de la suerte («las uvas son doce décimos de lotería barata»<sup>32</sup>). Los reyes magos y los reyes godos («[Me imagino a Wamba] como un John Wayne godo, cabalgador, tranquilo, el norteamericano con aires de Cid, el que mandó escribir su epitafio en español: *Fuerte, feo y formal.*»<sup>33</sup>) El Bombero Torero y las *festes de moros i cristians*. Estas cosas. (Acordarme de elevar proposición formal a las autoridades universitarias de la Comunidad de Madrid para crear una Cátedra Matritense de Estudios Alicantinos).

Un par de días después de concluir el primer borrador definitivo de este libro, la multihélice juguetona del retorno solsticial volvió de volverse sobre su eje para cerrar el círculo de la productividad anual. La nochebuena de 2006, sentado al sol polar del invierno madrileño en un banco del parque del Retiro, leí uno de esos típicos reportajes de viajes que se publican en el suplemento dominical del diario *El País* y que no suelo

leer. Pero éste estaba precisamente dedicado a la ‘secta John Frum’ de la isla de Tanna, verdadera *droshopila melanogaster* de estos estudios sobre el descubrimiento sonámbulo de la rica perdición alienígena que tienes en las manos. «Los turistas, que por un lado traen dinero, por otro quieren ver las viejas costumbres, quieren ver *custom*, quieren ver lo que es John [Frum, el movimiento cargoísta autóctono]. Mujer de Tanna, ponte la falda de nativa, baila al son del tambor alrededor de la fogata y el hombre blanco te dará dinero. Y nosotros recibiremos lo que siempre hemos esperado. Nuestro Pacífico.»<sup>34</sup> El trueno cagaprisas respondía así al relámpago de Feynman.

\* \* \*

Hoy al levantarme AnaEva me dijo que mirase por la ventana del dormitorio. Había caído sobre Madrid una nevada impresionante. Más tarde me ha venido al recuerdo la contemplación extática de otra amanecida deslumbrante: el campo de tejas del viejo Toledo blanqueado por la nieve. Pronto hará dos años de la experiencia iniciática que me hizo huir de un hogarcito recién estrenado en el vientre cosmopolita de la bestia metropolitana. Encaramado en lontananza sobre su fina torre de mármol blanco, el vigía de la catedral mormona de Moratalaz, el pícaro Moroni, el ángel dorado de la trompeta inicial –*Enoc es Metatron es Gabriel es Moroni*–, su brillo difuminado por un velo de copos, semeja un pájaro de fuego flotando entre la inmensa llanura helada de la estepa asfaltada. Mensajero celeste, largo y delgado.<sup>35</sup> Perdido y risueño. Fugazmente eterno.

*g54. Brillo immaculado del mensajero celeste*



[Torre del Templo Mormón de Madrid bajo la nieve, vista desde Valdebernardo]

A mi lado, en su cunita, un mamoncete que hasta ayer mismo sólo acertaba a llorar y hoy, de tanto mamar, está ya a punto de empezar a sonreír, ha sentido por vez primera

sobre su alma el peso étéreo del maná de James Joyce: esta nieve que cae «sobre los vivos y sobre los muertos». Valdebernardo no paga visitantes. O casi: la frontera final del mundo turístico siempre se solapa un poco con la del lugar de origen de cada turista.<sup>36</sup> Luego en algún lugar del momento más tonto de tu vida pudiste haber estado en lo cierto.